

Załącznik numer 1 dla uczniów szkół podstawowych

Poniższe fragmenty pochodzą z tekstu adaptowanego dla dzieci realizowanego jako projekt społeczny na stronie <http://www.weeblebooks.com>

Autorem poniższych fragmentów jest Jesús Chacón.

Fragmento 1

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, vivió hace mucho tiempo un hidalgo caballero que tenía fama de bueno. Se llamaba Alonso Quijano. Era alto y seco como un palo, tenía unos cincuenta años y vivía con una criada que rondaba los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte.

Era un gran madrugador, le apasionaba el mundo de la caza. Como buen hidalgo, vivía de sus rentas: no le faltaba de nada, aunque presumía de vivir sin lujos. Apenas tenía deberes ni obligaciones diarias, por lo que dedicaba sus horas ociosas a leer libros de caballerías con tanta pasión que, incluso, llegó a olvidar la caza y la administración de su finca. Su obsesión por la lectura era tal que tuvo que vender parte de sus tierras para comprar libros y más libros de caballerías.

Se enfrascaba tanto en la lectura que leía noche y día sin parar. Y así, a base de tanto leer y tan poco dormir, se le fue secando el cerebro, y empezó a perder el juicio hasta tal extremo que pensaba que todo lo que leía era verdad. A veces, dejaba de lado su libro, se levantaba airado, cogía su vieja espada y la blandía con ímpetu para luchar contra los invisibles gigantes que se enfrentaban a él.

Fragmento 2

Convencido de la veracidad de dichas historias, creyó totalmente necesario hacerse caballero andante cuanto antes para ir por todo el mundo con sus armas y su caballo en busca de heroicas aventuras.

Así que lo primero que se dispuso a hacer fue limpiar la vieja armadura de sus bisabuelos. Después, pensó en el nombre que le pondría a su caballo, y decidió que Rocinante sonaba bien: era un buen nombre; alto, sonoro y significativo. Luego, pensó en su nombre de caballero. Le costó ocho largos días decidirse. Al final, se dijo: «Me llamaré don Quijote de la Mancha, así daré a conocer por todo el mundo mi patria. Libraré las más difíciles batallas contra los gigantes y malvados de este mundo. Ayudaré y defenderé a todo aquel que me necesite».

Fragmento 3

Siguió cabalgando lentamente y pensó que al primero que se cruzara por el camino le pediría que le nombrara caballero. Sin embargo, pasó la mañana, pasó la tarde y no vio a nadie. Casi anocheecía cuando, afortunadamente, Rocinante y don Quijote, exhaustos y muertos de hambre, divisaron a lo lejos una venta. Así se llamaban entonces las posadas donde comían y dormían los viajeros.

(...)

Cuando llegó, pensó que el ventero, al que veía como el centinela del castillo, y unas hermosas doncellas que estaban en la puerta, le daban la bienvenida.

Don Quijote le preguntó al ventero:

—¿Podría vuesa merced hospedarme en su castillo?

El ventero, disimulando la risa, lo miró detenidamente, decidió ser amable y le contestó cortésmente:

—Sea vuesa merced bienvenido a mi castillo. Aquí le trataremos como a un auténtico caballero.

Una vez en la venta, llegada la hora de cenar, las mujeres le sirvieron un poco de bacalao mal cocido con un trozo de pan bien duro. Sin embargo, viendo el rostro de don Quijote, parecía que estuviera comiendo el mejor de los manjares servido al rey del castillo.

Fragmento 4

Cuando acabó, don Quijote se hincó de rodillas ante el ventero y le dijo:

—No me pondré en pie hasta que no me concedáis un don que quiero pedir. Según la ley de caballerías, esta noche he de velar mis armas en la capilla de vuestro castillo y mañana me habréis de armar caballero. Solo así podré socorrer a los necesitados e indigentes que deambulan por este mundo.

El ventero, viendo que su huésped había perdido el juicio, le respondió burlescamente:

—Conocedor soy de que el don que me pedís es propio de caballeros como vos. Yo mismo fui caballero andante en mis tiempos mozos. Os aseguro que soy el más indicado para armaros el mejor caballero del mundo.

Y así fue como don Quijote, como si fuera a hacer lo más importante del mundo, se desprendió de su armadura, cogió con fuerza su lanza y se arrodilló a velar sus armas. Los huéspedes de la venta no paraban de reírse de semejante escena y aseguraban que tenían ante sí al más disparatado loco de toda la Mancha.

Cuando el ventero lo creyó oportuno, le susurró a don Quijote:

—Llegó el gran momento. Arrodillaos, pues voy a armaros caballero.

Entonces, tal y como se indicaba en los libros de caballerías, se dispuso a abrir su libro de clientes y, con voz firme, como si rezara una oración, le dio con la espada en la nuca y los hombros, diciéndole:

—Yo os nombro caballero.

Don Quijote, emocionado por el momento, se incorporó, abrazó con ímpetu al ventero y exclamó:

—He de partir ya, abridme las puertas del castillo. Debo ayudar a aquellos que me necesiten. Y entonces don Quijote partió del castillo. Se fue sin pagarle al ventero, pues estaba sin blanca.

Fragmento 5

La sobrina, la criada de don Alonso y sus dos buenos amigos, el barbero y el cura, andaban preocupados por él, pues ya hacía tres días que había desaparecido. Estaban convencidos de

que algo malo le había sucedido, puesto que se había vuelto loco de tanto leer novelas de caballerías...

(...)

Don Quijote se dispuso a narrarles sus aventuras y desventuras desde que partió, y sus amigos, convencidos de su locura, decidieron que, para recuperar su cordura, lo mejor sería quemar los libros de caballerías. Así pues, quemaron los libros y tapiaron la puerta de la biblioteca, y cuando don Quijote fue a verlos, su sobrina le dijo:

—Ya no hay biblioteca, ni libros. Al día siguiente de partir, vino un encantador sobre una nube, entró en el aposento y dejó la casa llena de humo. Cuando fuimos a mirar, no había ni libros ni biblioteca.

Don Quijote, convencido con la explicación de su sobrina y entristecido, contestó:

—No hay duda de que ha sido el mago Frestón. Me teme porque sabe que soy el más valiente caballero.

Cada vez que pasaba por el muro de la biblioteca, suspiraba tristemente...

Fragmento 6

Por aquel entonces, don Quijote empezó a planear su segunda salida, para la que necesitaba hacerse con un escudero. Se acordó de aquel vecino suyo, un hombre de bien, que era labrador.

Estaba casado y tenía dos hijos. Le preguntaría a él si quería ser su escudero.

Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, aceptó su propuesta. Cogió su asno y las alforjas y se dispuso a seguir a don Quijote.

Y así fue como una noche, sin despedirse Sancho Panza de su mujer y sus hijos, ni don Quijote de su sobrina y la criada, salieron en busca de majestuosas y caballerescas aventuras.